

Kafka y la interioridad en *La metamorfosis*

Nombre: Gabriel Alejandro Mancilla Yáñez

Categoría: Profesor de asignatura "A" interino.

Antigüedad: cuatro años.

Plantel de adscripción: Plantel 4, Vidal Castañeda y Nájera, ENP, UNAM.

Semblanza curricular: Licenciado en filosofía por la UNAM, Maestro en filosofía, en la especialidad de Estética, por la UNAM. Coordinador del colegio de filosofía del Plantel 4, turno vespertino. Actualmente imparte las materias de Lógica, Ética, Historia de las doctitas filosóficas y Pensamiento Filosófico de México en la Escuela Nacional Preparatoria.

Correo electrónico: gabriel.mancilla@enp.unam.mx

Título: Kafka y la interioridad en *La Metamorfosis*

El texto de Kafka puede utilizarse como apoyo para la enseñanza de la asignatura de Estética en la Unidad tres: El juicio estético y los valores estéticos, en particular en el punto 3.3. La relación entre la ética y el arte.

Mi intención es reflexionar en torno a las transformaciones paulatinas del personaje principal, Gregorio Samsa, ya que ellas muestran que un sujeto estético implica necesariamente a un sujeto ético; la transformación de Gregorio muestra no sólo una pérdida de sensibilidad, sino una degradación ética, ya que primero pierde el cuerpo, que implica un rasgo de sensibilidad, la voz, un rasgo de comunicación, el gusto, un rasgo de placer interior y por último el nombre, un rasgo de identidad, antes de perder la vida, que es precisamente lo que lo hace humano. El texto kafkiano nos permite pasar de un texto literario a la reflexión filosófica o dicho de otro modo mostrar la relación entre la estética y la ética.

Kafka y la interioridad en *La metamorfosis*

Agradecimientos

Antes que nada quiero agradecer a las autoridades del plantel, a los trabajadores que nos apoyan, así como a los organizadores por todo su esfuerzo para que estas charlas sean posibles; también a ustedes que me escuchan y comparten esta mesa, es un placer para mí estar con ustedes.

Introducción

Mi intención es reflexionar en torno a las transformaciones paulatinas del personaje principal, Gregorio Samsa, ya que ellas muestran que un sujeto estético implica necesariamente a un sujeto ético; la transformación de Gregorio muestra no sólo una pérdida de sensibilidad, sino una degradación ética, ya que primero pierde el cuerpo, que implica un rasgo de sensibilidad, la voz, un rasgo de comunicación, el gusto, un rasgo de placer interior y por último el nombre, un rasgo de identidad, antes de perder la vida, que es precisamente lo que lo hace humano. El texto kafkiano nos permite pasar de un texto literario a la reflexión filosófica o dicho de otro modo mostrar la relación entre la estética y la ética.

La metamorfosis es un relato que sin duda alguna nos impacta, que no puede dejarnos indiferentes, a pesar de que podría parecer una historia irreal, pues al parecer nadie se levanta por la mañana convertido en insecto. Lo sorprendente es que esta imagen ficticia conforme vamos avanzando en la lectura va tomando fuerza hasta que logra convertir la realidad en ficción y la ficción en realidad:

Transformado, sin saberlo, en gigantesco insecto, Gregorio Samsa está amenazado “en todo momento de recibir del bastón blandido por la mano del padre en la espalda o en la cabeza, el golpe fatal”. Sólo se salva de la rabia del patriarca gracias a la madre que se precipita sobre el padre y le implora que le perdone la vida a Gregorio. Herido, lastimado, maldecido y abandonado por todos, se deja morir y es la criada quien se encarga de las “exequias”, con una escoba: “No es necesario que se preocupe por saber cómo deshacerse del bicho de al lado. ¡Ya está resuelto!”¹

¹ Michael Löwy, *Franz Kafka, soñador insumiso*, trad., Eliane Cazenave Tapie y Adrien Pellaumail, México, Taurus, 2007, p. 52.

Generalmente uno piensa que un acto malo debe recibir un castigo, que cuando alguien viola una ley o comete un delito es normal y a veces deseable que se sancione al infractor, pero en Kafka sucede al revés, primero se da el castigo y nunca sabemos cuál es la falta; por ello, nosotros como lectores no dejamos de preguntarnos ¿Por qué Gregorio Samsa se transforma en insecto? La pregunta por sí misma no se puede contestar, no sólo porque a lo largo del texto jamás aparece una respuesta directa, sino porque ni siquiera sabemos con certeza en qué se convirtió. El término en alemán, *ungeziefer*, significa algo así como bicho que da asco o animal que causa repulsión y ese rechazo se convertirá en exclusión como dice Milan Kundera: “dentro del mundo kafkiano, la exclusión tiene un carácter absoluto, porque fuera de la organización social no hay vida. La exclusión es igual a la muerte”.²

Lo que sí sabemos es que Gregorio no está enfermo, no se ha enfermado ni una sola vez durante cinco años, tendríamos que decir que, en todo caso, es un insecto saludable, puesto que sólo tiene un poco de modorra debida al largo sueño que por primera vez lo ha vencido y ha evitado que escuche el despertador y salga de inmediato a trabajar, pero está bien e incluso tiene mucha hambre.

Una de las cosas que más me sorprende es que Gregorio nunca emite una queja, a pesar de su nueva situación, nunca maldice ni culpa a nadie de lo que le ocurre; tal vez, por ello, nos atrevemos a decir que no es un castigo ni una prueba ni consecuencia de un acto bueno o malo, sino que su transformación es gradual aunque verdaderamente absurda. Sólo hay un momento en donde se imagina que a su jefe le suceda lo mismo y se ríe; ahí es cuando, de un modo casi imperceptible intuimos que nosotros podríamos también convertirnos en insecto y sentimos pena por Gregorio:

Existe otra paradoja en esta situación de la exclusión que radica en la actitud de la gente hacia el excluido. Temen tratarlo y, como si se avergonzaran de su propio miedo, para no sentir vergüenza prefieren no verlo. La existencia del hombre caído en desgracia no provoca odio (todo el mundo sabe que podría encontrarse en la misma situación), ni solidaridad (que sería demasiado peligrosa). Provoca pena.³

² Milan Kundera, *Prólogo a La metamorfosis*, México, Porrúa, 1994, p. XII.

³ *Ibid.*, p. XIII.

Es importante señalar que a pesar de que se convierte en un insecto por la mañana, la metamorfosis es gradual. Primero pierde el cuerpo, es decir, su modo de sentir en el mundo, su modo de relacionarse con los otros. El cuerpo parece, en primera instancia, ser lo que me hace humano, o dicho de otro modo: lo más humano que tengo es mi cuerpo; pero frente a esto surge una pregunta: ¿si ya no tengo cuerpo sigo siendo humano? Kafka nos dice que sí, a pesar de perder el cuerpo seguimos siendo humanos, pues nos mantenemos en el círculo de aquellos que nos miran y nos escuchan:

Quería salir de la cama en primer lugar con la parte inferior de su cuerpo, pero esta parte inferior que, por cierto, no había visto todavía y que no podía imaginar exactamente, demostró ser difícil de mover; el movimiento se producía muy despacio, y cuando, finalmente, casi furioso, se lanzó hacia delante con toda su fuerza sin pensar en las consecuencias, había calculado mal la dirección, se golpeó fuertemente con la pata trasera de la cama y el dolor punzante que sintió le enseñó que precisamente la parte inferior de su cuerpo era quizá en estos momentos la más sensible.⁴

Un nuevo cuerpo implica aprender una nueva forma de sentir el mundo, aprender a caminar, aprender a movernos de una manera distinta. La pérdida del cuerpo lo obliga a reaprender a caminar, a ponerse en pie con dolor, en soledad, sin que su familia le ayude. En esa pérdida de la sensibilidad Gregorio comienza a descubrir su soledad; aunque nos recuerda irónicamente, que “precisamente ahora no podía de ningún modo perder la cabeza, prefería quedarse en la cama”.⁵ La metamorfosis de Gregorio está ligada a la de su padre, quien al inicio es un viejo casi decrepito incapaz de trabajar, pero conforme su hijo va perdiendo la fuerza, se va quedando sin cuerpo, el padre lo va recobrando, recupera su fuerza y su poder dentro de la familia. Gregorio se quedará solo, pero no como una experiencia en la que pueda ejercer su intimidad, sino que siempre está vigilado por las miradas de los otros, está encarcelado, prisionero y siempre observado. Si intenta comunicarse con los otros o si quiere escapar será castigado, golpeado, humillado y asesinado. Gregorio no puede mirarse interiormente, no puede sólo preocuparse por sí mismo, sino que debe estar pendiente de su familia y ahí va a descubrir que no los conoce, que a pesar de haber sido el sostén de la casa por tanto tiempo no

⁴ Kafka, *La metamorfosis*, trad., Ángeles Camargo, Madrid, Cátedra, 2009, pp. 135-136.

⁵ *Idem*.

sabe nada de su familia, pero tampoco de sí mismo; pues no hace lo que él quiere, sino lo que los otros (que tampoco conoce) cree que esperan de él.

Cuando Gregorio por fin logre levantarse, cuando descubra que ha perdido el cuerpo, descubrirá que ahora ha perdido la voz, eso que todavía podía salvarlo, ya que mientras hablaba los otros lograban mantener la calma, pero la incertidumbre del silencio, en este caso, coloca a los demás en una terrible angustia, porque no puede decirle a su familia que se siente culpable.

Perder el cuerpo y perder la voz provocan un cambio radical en él, ahora ya no puede hacer las cosas de antes ni tampoco puede decir nada; con la pérdida de la voz vendrá el desconocimiento primario. Cuando el otro deja de hacer lo que hacía y decir lo que decía mi reacción es el rechazo ante algo que ni siquiera me puede dar las herramientas para tratar de entenderlo, es decir, el habla, la comunicación. Gregorio ya no habla, zumba, como si su voz se transformara en un horrible grito, que por supuesto al no ser comprensible es descalificado. Gregorio quiere comunicar su culpa, quiere que lo perdonen aunque no sepamos de qué, pues como decíamos hace un momento, lo que vemos es el castigo, no el acto que provoca el castigo; pero al no tener los medios para hacerle saber al otro que acepta la culpa, Gregorio se queda una vez más fuera del ámbito social. Como si viviera en una casa de cristal donde siempre es vigilado, sin la posibilidad de una intimidad consigo mismo, pero también con los otros, al ser excluido, pues se le impide todo contacto el otro.

Una vía para que nos acepten es hacer lo que yo creo que el otro quiere de mí, hacer lo que el otro espera que yo haga para sentirme aceptado. Cuando saco buenas calificaciones, al principio me siento bien, porque mis padres lo reconocen y tal vez hasta me premian, pero poco a poco se va convirtiendo en una obligación, en una carga y cuando ya no lo hago viene el reclamo, “es que tú no eres así, ¿qué te ocurre?”. Esto es muy parecido a lo que le sucede a Gregorio, quien después de ver cómo quiebra el negocio familiar asume la responsabilidad de trabajar para pagar la deuda del padre. Nadie le dice cómo debe actuar, nadie le pide que trabaje, sin embargo cuando se pone a trabajar y lleva dinero a casa se siente bien, se siente contento, porque sus padres lo aceptan. Cuando sube de puesto y lleva más dinero a la casa, sus padres se ponen más contentos, hasta que después de un tiempo dejan de darle importancia al trabajo de Gregorio; ahora llevar dinero se

convierte en una obligación; así es como Gregorio deja de disfrutar de lo que hace y la deuda del padre se convierte en *su* deuda, en una deuda impagable.

Es como si Kafka nos dijera que tal vez así es como adquirimos nuestros gustos, nuestras rutinas, nuestros modos de ser en el mundo. Somos *no* lo que los otros nos dicen que seamos, sino lo que nosotros mismos les decimos a los otros que queremos ser con tal de que nos quieran; porque buscamos la aceptación de los otros con base en lo que nosotros pensamos o creemos acerca de la mirada del otro.

Nadie le pide a Gregorio que trabaje, sin embargo él quiere hacerlo porque siente que es su obligación y al mismo tiempo siente que así lo quieren, que lo aprecian, que es importante para su familia. Aquí tenemos un juego de miradas muy interesante: en un primer momento miro el mundo y está ordenado para mí, pero cuando descubro la mirada del otro, mi mundo se descompone, porque me doy cuenta de que el mundo se puede mirar desde otras perspectivas, desde otros ángulos, sólo que en lugar de apropiarme de la mirada del otro, me coloco en un lugar para ser visto, para que el otro me vea; en este sentido podemos decir que hacemos cosas para que el otro lo vea y lo acepte, y es esto lo que después termina por convertirse en una obligación; por ello nos da vergüenza actuar de un modo en el que creemos (en el que yo creo) que ofende a la mirada de los otros, porque la vergüenza siempre es frente a los otros; por ello, cuando aún no han visto a Gregorio, él piensa: “Quería de verdad abrir la puerta, deseaba sinceramente dejarse ver y hablar con el apoderado; estaba deseoso de saber lo que los otros, que tanto deseaban verle, dirían ante su presencia”;⁶ pero en cuanto abre y se pone a hablar, ya nadie le entiende, por más que él tiene la mejor intención de vestirse inmediatamente, empacar los muestrarios y salir de viaje lo más pronto posible, ya no lo reconocen, lo rechazan y él mismo termina por lastimarse al fracturarse una de sus patas.

En el segundo capítulo observamos que Gregorio vuelve a despertarse de un sueño, sólo que ahora es conciente de su nueva situación, sabe que los demás sienten repugnancia ante su presencia y se avergüenza de que los

⁶ *Ibid*, p. 141.

otros lo miren; se esconde debajo de un mueble y se pone una sábana encima para ocultarse de la mirada de los otros.

Primero pierde el cuerpo, luego la voz, después el sentido del gusto: la comida de antes ya no le agrada, le causa repugnancia, pero no quiere reprocharle nada a su hermana, prefiere morir de hambre y se mantiene oculto, porque quiere evitar penas y malos ratos a su familia; este alejamiento provoca que todos piensen que, como nadie puede entender a Gregorio, él tampoco puede entenderlos. Gregorio se siente culpable por las molestias que le causa a su familia: “Cuando empezaban a hablar de la necesidad de ganar dinero, Gregorio acababa por abandonar la puerta y arrojarse sobre el fresco sofá de cuero, que estaba junto a la puerta, porque se ponía al rojo vivo de vergüenza y tristeza”.⁷ En esos casos es cuando más sentía la imposibilidad de hablar, porque de otro modo podría decirles lo agradecido que estaba y lo culpable que se sentía, pero sin voz no puede decirles nada y comienza a resignarse:

Gregorio Samsa, el insecto del mito kafkiano, es también culpable: culpable de su *diferencia*, de su individualidad (y de su deseo de diferenciarse y de escapar –al precio que sea– de ese destino familiar, burgués, “normal”, en el que está inmerso). Los otros, en cambio, los miembros de “la familia” se hacinan, se solidarizan y se solidifican ellos mismos, se asimilan unos a otros formando una realidad homogénea de “semejantes” que rechazan al diferente (al “individuo”).⁸

Cuando Gregorio se acepta como diferente empieza a trepar por las paredes para descubrir que le gusta ser insecto, colgado del techo puede respirar mejor y le gusta lanzarse desde lo alto para caer sobre su caparazón, aprende a controlar su cuerpo, le gusta y se divierte, deja de pensar en su familia y dirige la mirada a su interior, y es aquí nuevamente donde la censura vendrá y recibirá su castigo. La hermana quiere sacar los muebles del cuarto, pero la madre reflexiona: “¿Y es que acaso no parece que retirando los muebles le mostramos que perdemos toda esperanza de mejoría y le abandonamos a su suerte sin consideración alguna?”⁹

Me parece que en este sentido Kafka nos estaría diciendo que la esperanza es más terrible que la aceptación, porque obliga a todos a seguir soportando el mal, por más horrible o terrible que pueda ser. Los actos de la

⁷ *Ibid*, p. 157.

⁸ Juliana González, *Ética y libertad*, México, UNAM, 1997, p.288

⁹ Kafka *Op Cit.*, p. 162.

familia Samsa toman un matiz de sacrificio frente a la esperanza, pero al mismo tiempo es lo que les impide ser responsables de sus actos, porque al no aceptar a Gregorio, siguen *esperando* que algún día regrese lo que ya no puede volver. En cambio Gregorio no se aferra a la esperanza, acepta su nueva condición de insecto y defiende su interioridad; pues no importa que retiren todos los muebles, lo único que le importa es un cuadro, el cual, me parece, representa su interioridad; porque un cuadro no es la representación de lo externo, no es *mímesis* del mundo, sino *ex-presión* de la interioridad del artista. En un cuadro no vemos el mundo exterior representado por el pintor (o el fotógrafo), sino que observamos el modo en el que el artista mira, vemos su mirada, eso que de otro modo no es posible; el pintor por medio de la pintura logra sacar lo de adentro hacia fuera, como si nos colocáramos por un momento en su cuerpo y lográramos mirar con sus ojos, no como *mímesis*, sino como *poiesis*. Ésta es la potencia del arte, lograr una comunicación desde otro lugar, construyendo un lenguaje donde las palabras no pueden comunicar. La pintura, la fotografía, el cine, la música, la danza, el teatro, la literatura, el canto, la música y la filosofía son vías por las que construimos un lenguaje alternativo, una línea de fuga dirá Deleuze: “Un escritor no es un hombre escritor, sino un hombre político, y es un hombre máquina, y es un hombre experimental”,¹⁰ un escritor deja de ser hombre, deviene sonido y silencio, deviene imagen-movimiento, deviene deseo, deviene animal, deviene insecto.

Cuando Gregorio defiende el cuadro está defendiendo su interioridad. El único momento en el que se rebela y está dispuesto a todo por defender ese cuadro; ese hombre que antes se había confesado como incapaz de reprender a su hermana por no darle una comida de su agrado y elegía la muerte en lugar de regañarla, ahora el narrador nos dice que “Él permanecería sobre su cuadro y no renunciaría a él. Prefería saltarle a Grete a la cara”.¹¹ Es como si nos dijera que aunque haya perdido todo lo que aparentemente lo hacía humano (el cuerpo, la voz, el sentido del gusto), todavía tiene un rasgo distintivo: la capacidad sensible, dada por la consciencia de la interioridad.

¹⁰ Deleuze, G. Y Guattari, F., *Kafka por una literatura menor*, trad., Jorge Aguilar Mora, México, Era, 1978, p. 17.

¹¹ Kafka, *Op Cit.*, p. 165.

Esa defensa de la interioridad tendrá como consecuencia que su padre le cause una herida mortal en la espalda, lo cual resulta interesante para la reflexión, porque el desprendimiento de un niño con su madre le produce una cicatriz frontal: el ombligo, como una especie de recuerdo de su llegada al mundo; y el desprendimiento del padre le producirá un segundo ombligo, sólo que en la espalda, donde no puede verlo y que finalmente le causará la muerte. Podríamos aventurar un par de interpretaciones, pero me parece que conviene dejarlo justo como Kafka lo deja, una herida profunda producida por el padre.

Antes de morir veremos un segundo momento de rebeldía por parte de Gregorio, una vez más impulsado por el arte, cuando su hermana toca el violín, y él arrastrado por la melodía se muestra ante la mirada de los otros, se olvida de que es un insecto; ya no le importa que lo vean, esto ocasiona no sólo el enojo y la indignación de los inquilinos, sino una seria discusión en torno al futuro de Gregorio. En esa última discusión Gregorio perderá su último rasgo de humanidad: el nombre, pues frente a los otros ha dejado de ser humano:

“Queridos padres –dijo la hermana y, como introducción, dio un golpe sobre la mesa –, esto no puede seguir así. Si ustedes no se dan cuenta, yo sí. No quiero, ante esa bestia, pronunciar el nombre de mi hermano, y por eso solamente digo: tenemos que intentar quitárnoslo de encima. Hemos hecho todo lo humanamente posible por cuidarlo y aceptarlo; creo que nadie puede hacernos el menor reproche [...] Nos va a matar, ya lo veo venir. Cuando hay que trabajar tan duramente como lo hacemos nosotros no se puede, además, soportar en casa este tormento sin fin. Yo tampoco puedo más [...] Tiene que irse –exclamó la hermana –, es la única posibilidad, padre. Sólo tienes que desechar la idea de que se trata de Gregorio. El haberlo creído durante tanto tiempo ha sido nuestra auténtica desgracia, pero ¿cómo es posible que sea Gregorio? Si fuese Gregorio hubiese comprendido hace tiempo que una convivencia entre personas y semejante animal no es posible, y se hubiese marchado por su propia voluntad: ya no tendríamos hermano, pero podríamos continuar viviendo y conservaríamos su recuerdo con honor”.¹²

Gregorio pierde el cuerpo, después la voz y una de sus patas, luego el sentido del gusto y por último pierde el nombre, antes de perder la vida, por ello se pregunta antes de morir: ¿Y ahora qué?, porque cuando ya no es humano queda fuera de toda posible aceptación o rechazo; desde el momento en el que pierde el nombre ya está muerto. Cuando era un excluido siguió formando parte del círculo de los seres humanos, pero cuando perdió el nombre no fue humano nunca más; esto es algo que los nazis aprendieron pronto, por ello lo

¹² *Ibid.*, pp. 179-180.

primero que le quitaron a los judíos que iban a asesinar fue el nombre, el cual sustituían por un número, reemplazable y consecutivo hasta el infinito. No es casual que la única que habla con Gregorio y descubre que ese insecto tiene entendimiento es la sirvienta, ya que ella está en una situación parecida de exclusión, pero no lo descubre como igual ni con respeto, sino en la violencia. Ella le dice cosas feas, lo agrede hasta que Gregorio se enoja (muestra de otro rasgo de interioridad) y asusta a la criada.

El final del texto muestra una segunda metamorfosis, en donde la hermana es quien se transforma en una linda señorita, en una mariposa extraordinaria que brilla frente al sol, pero, ¡cuidado! No es una transformación ingenua, sino que representa ahora que ella entra al círculo de los padres, es decir, de lo social, de la aceptación y el rechazo, de las infinitas máscaras. A ella la miran hermosa, porque ahora se puede casar, lo que representa un beneficio económico para los padres, y ahí es en donde está la aceptación de los otros. Es como si Kafka nos dijera que mientras tengas el reconocimiento de los otros, ellos te aceptarán, porque el reconocimiento tiene que ver con lo económico, y aunque no es exclusivo influye bastante ya que el otro es *útil*: si me sirve, lo acepto, si no... lo rechazo.

Un sujeto estético deviene en sujeto ético porque no se trata de seguir reglas y normas, pues las leyes nunca pueden estar por encima de la vida, no se trata de que el sujeto esté bajo una mirada que lo vigila constantemente, sino que precisamente intente escapar de esa mirada que lo subyuga, que lo somete y culpabiliza, dicho de otro modo, que el sujeto conserve su interioridad, su intimidad, su secretos, pues como nos recuerda Kundera: “la abolición de la frontera entre lo público y lo privado [deriva en] la *culpabilización* permanente del ciudadano”.¹³ El sujeto ético no es el que hace siempre lo que el deber moral le exige, sino el que responde ante sus actos, el que se vuelve responsable de sus acciones, de modo que aquel que construye desde su interior un diálogo estético, al mismo tiempo está construyendo un modo de actuar frente al mundo.

Me parece que Kafka nos invita no a la aceptación de un modo específico de moralidad, sino a la rebeldía ética, es decir, a la defensa de la

¹³ Kundera, *Op. Cit.*, p. XVI

interioridad: defender eso que sentimos aunque el otro no me entienda, liberarme de la mirada del otro dirigiendo la mirada hacia el interior, pero no dejarla ahí, sino que inmediatamente después volcarla hacia fuera; y me parece que ésa es la función de la estética y del arte: se trata de que logremos reconocer nuestra animalidad, precisamente para no convertirnos en unos completos animales, en no asumir ciegamente nuestra racionalidad, porque eso nos vuelve irracionales. Debemos movernos entre esa aceptación y negación, muy socráticamente decir que somos ignorantes, que *somos nada*, porque estamos en constante devenir.

Soy nada, porque puedo serlo todo; por ello, el juego, la risa, el humor es lo que me permite construir una comunicación diferente. Cuando Gregorio Samsa pierde el sentido del humor, cuando siente vergüenza entra por completo en la trampa de los otros, en cambio el juego le permitiría abrir la puerta y mostrarse tal cual es sin sentir vergüenza, sino una risa liberadora por el absurdo de la existencia.

Conclusión

El texto de *La metamorfosis* lo podemos leer en varios sentidos, no en vano sus interpretaciones van desde el ámbito político como sugiere Löwy hasta el psicoanálisis de Marthe Robert, podemos descubrir en él un relato sobre el poder asesino del padre o los símbolos edípicos. Mi intención ha sido compartir con ustedes una lectura en la que encuentro una invitación por parte de Kafka a no perder nuestra capacidad sensible; tal vez Gregorio Samsa se transforma porque es el único modo de escapar a ese mundo burocrático del padre, del jefe, de la familia, de los otros que le imponen un modo de ser y de sentir en el mundo, recordemos que su transformación se da el único día en el que tiene un sueño intranquilo y ha dormido más de la cuenta. No se trata de una fuga, sino de buscar una salida ahí donde otros no la han encontrado. Si la familia Samsa fuese más sensible, tal vez cada uno iría abandonando poco a poco ese lugar en el que los han colocado, ese lugar de sufrimiento, de sacrificio y lograrían percibir que Gregorio sigue siendo un ser sensible, los escucha y los entiende, tal vez así no sentirían vergüenza de él, dejaría de ser una carga y al verlo se reírían de una situación tan absurda, pues recordemos que, según

cuentan, los textos de Kafka generalmente movían a risa, más que una tragedia podríamos leerlos como una comedia.

Independientemente de cómo leamos el texto y qué interpretación nos agrade más, lo que me gusta de la novela es que no puede dejarnos indiferentes, nos hace pensar, no hace reflexionar, e incluso nos invita a pensarnos a nosotros mismo como insectos; por un momento estamos en los zapatos, o mejor dicho, en el caparazón de Gregorio y eso, de un modo o de otro, amplía nuestra capacidad sensible y nos recuerda que tal vez esta vida es sólo eso, una obra de arte única e irrepetible en donde constantemente aprendemos a mirar el mundo de manera diferente.

Muchas gracias.

Bibliografía

Blanchot, Maurice, *De Kafka a Kafka*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Delueze, G. Y Guattari, F., *Kafka por una literatura menor*, trad., Jorge Aguilar Mora, México, Era, 1978.

González, Juliana, *Ética y libertad*, México, UNAM, 1997

Kafka, Franz, *La metamorfosis*, trad., Ángeles Camargo, Madrid, Cátedra, 2009.

Kundera, Milan, *Prólogo en La metamorfosis*, trad., Ernesto Rodríguez Arias, México, Porrúa, 1994

Löwy, Michael, *Franz Kafka, soñador insumiso*, trad., Eliane Cazenave Tapie y Adrien Pellaumail, México, Taurus, 2007.

Robert, Marthe, *Acercas de Kafka, Acercas de Freud*, trad., José Luis Giménez-Frontin, Barcelona, Anagrama, 1967.